

En las arenas de la nostalgia

Gerardo Laveaga

inmediatas, como las que producen los colores, que de relaciones formales entre las partes de la cosa referida (me será más fácil reconocer a alguien si su retrato reproduce aceptablemente sus facciones y mal la coloración de su piel, de su cabello y de sus ojos, que no si asemeja las coloraciones en cuestión y distorsiona las facciones). Al parecer nuestra mente opera más geométricamente de lo que creíamos, y aquellos datos sensibles que creímos más simples o captables de manera más inmediata (los colores), no son tan simples ni inmediatos comparativamente con otros datos de formas y relaciones formales.

Asimismo, los conocimientos de geometría que se han ido adquiriendo han incrementado la iconicidad de los signos (la perspectiva ha aumentado el parecido de los retratos con su modelo). Sin embargo, cuando las formas geométricas se exageran, el cuadro deviene artificialmente realista, como les ocurre a los de Cézanne o de los cubistas. El mundo como yo lo veo⁴ se parece más al que tú pintaste que al retrato de Gertrude Stein que pintó Picasso. En suma, cuando de iconicidad pictórica se trata, cuando el problema es que los dibujos se asemejen a sus modelos (por ejemplo los que ilustran cierta flora, o fauna o ciertas observaciones del microscopio), hay que manejar prácticamente nociones de la geometría; pero sin ostentarlas demasiado, porque entonces se genera un producto más intelectualizado que icónico. Conste que lograr la semejanza con la realidad tal y como se percibe no es prueba, por sí misma, de valor artístico: tú, estimado Vincent Van Gogh, lo alcanzaste mezclando algún realismo de la forma con una coloración fantástica, creativa más que recreativa de percepciones. Así pues, parece que una pintura artística puede combinar imágenes por semejanza y un colorido muy convencionalizado, desde el ángulo de la óptica, y que este resultado atrape y suscite emociones fuertes, como las que nacen al contemplar tus lienzos.

Se acaba el espacio. Me despido de ti. ¿Sabes por qué te he escrito una carta ciento dos años tarde?, porque después de visitar tu museo en Amsterdam, y de que disfrutamos enormemente esa visita mis hijos, mi compañero y yo, creo que te debo mucho, y no sé cómo solidarizarme contigo. Me duele haber llegado tarde, y que nadie haya podido aplacar el lamento desesperado de aquella tu plegaria que dice: ayúdame, Dios mío, que mi barca es tan pequeña y el mar es tan grande. Te quiere María Rosa Palazón. ♦

Quien esté interesado en los secretos para sobrellevar la vejez, en las rutas más pintorescas del turismo norteamericano o en la educación de los nietos, por ningún motivo debe dejar de leer el último libro de Richard Nixon. Quien, en cambio, esté más interesado en la política internacional o en la administración pública, no hallará aquí nada nuevo. Por lo menos, nada que el autor no haya dicho antes en *La verdadera guerra, La verdadera paz, Líderes, No más Vietnams* o 1999. Lo que varía es el tono. Aquella estratégica humildad que pasaba por realismo, se ha transformado en obsesión histórica. Sus antiguos modelos —Churchill y De Gaulle— se han convertido en sus iguales mientras que él, esperando la hora en la que el pueblo de los Estados Unidos se percate del gran-hombre que ha perdido —“Cada vez que pasaba junto al campamento me sentía triste al pensar que de haber continuado yo en el cargo, aquella gente no habría sufrido tan trágico destino”— aparece como una víctima de la injusticia o como un patriota cabal: “Soy el único expresidente que voluntariamente ha renunciado a la protección del Servicio Secreto, decisión que adopté en 1985 y que ha ahorrado ya al contribuyente más de doce millones de dólares”.

Esta obsesión por pasar a la historia como un idealista de fuertes convicciones y no como el oportunista pragmático que se delata en cada página, le hace mezclar recuerdos familiares, experiencias políticas y aficiones, eligiendo aquellas que pudieran favorecerlo: suscriptor del *National Geographic Magazine*, abuelo ejemplar, creyente fervoroso y, si esto no fuera bastante, enemigo acérrimo de la televisión: “Los padres y los educadores deben instar a la juventud a pasar menos tiempo viendo la televisión y más tiempo a utilizar sus mentes y sus cuerpos”. Su afán didáctico lo lleva de la pedagogía a la economía y de la literatura a la filosofía, con el fallido propósito de demostrar una cultura que el lector más distraído hallará improvisada. Aunque probablemente hubiera sido mejor que sus observaciones giraran en torno a los motivos que tuvo para elegir a sus colaboradores, a sus amigos o a sus enemigos, el viejo político prefiere contarnos las aventuras de su bisabuela en Iowa, las razones que él

tuvo para abandonar el golf y las causas por las que le simpatizaba Ronald Reagan: “Pat y yo lo habíamos visto en algunas películas y nos gustaba porque preferíamos los argumentos en los que los buenos ganaban y él siempre representaba el papel de bueno”. Por desgracia —y Nixon no se hace ilusiones al respecto— para quienes analicen su gestión en lo futuro, ninguna de estas virtudes pesará: “La historia me tratará benévola pero los historiadores probablemente no porque la mayoría son izquierdistas”.

Es en estos burdos esquemas, en la inevitable frivolidad y, sobre todo, en el pragmatismo del autor donde, paradójicamente, hallamos los méritos de *En la arena*: el retrato que Nixon hace de sí mismo es el de un hombre al que nunca le preocupó otra cosa que ascender fortaleciendo a su facción política y que ahora, cuando ve que aquellos valores por los que dijo luchar van desvaneciéndose, se aferra a ideales universales que jamás le preocuparon. Aunque desatina al desentrañar los secretos de la memoria —“La memoria es un misterio”—, acierta al describir los móviles que determinan la actividad de personas como él: “Los políticos son por naturaleza gente orgullosa. Nunca se debe poner en entredicho sus motivos principales ni sus instintos políticos. Pero al propio tiempo, debe tenerse en cuenta que están siempre contraponiendo instintos a intereses y que el mejor modo de hacerse con ellos en convencerlos de que al apoyar vuestra posición, podrán servir a ambas cosas simultáneamente”. Esto es lo que él hace consigo mismo a lo largo de estas páginas. “El pragmatismo puede justificarse sólo como un medio para conseguir grandes ideales”, concluye, pero no logra convencernos de las excelencias de su maniqueísmo. ¿Quién puede creer en su sinceridad cuando afirma que su destino siempre fue “el de lograr un mundo en el que la paz y la libertad se perpetúen para siempre”? ¿O acaso sus intereses —los grandes ideales— consistirán ahora en sobrevivir al juicio de la historia? Con un libro como *En la arena*, difícilmente lo conseguirá. ♦

Richard Nixon: *En la arena*. Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1990. 408 pp.

⁴ Parafraseo el título del libro de Einstein.